

BREVES
VIDA CRISTIANA



Respirar con la Sagrada Escritura

«¿Entiendes lo que lees?»

Un corazón caldeado
por la Palabra



Guillaume Derville

RESPIRAR CON LA SAGRADA ESCRITURA

www.opusdei.org

Contenidos

- Capítulo I. «¿Entiendes lo que lees?»
- Capítulo II. Un corazón caldeado por la Palabra

Capítulo I. «¿Entiendes lo que lees?»

Al relatar los primeros compases de la expansión de la joven Iglesia desde Jerusalén, san Lucas nos introduce en el carruaje de un funcionario etíope, encargado de la administración del patrimonio del reino de Nubia, al sur de Egipto, que había ido a Jerusalén para adorar al Dios de Israel (cfr. *Hch* 8, 27-28). Ya de regreso a su tierra, este peregrino leía a Isaías, aunque sin entender el texto del profeta. Dios mueve entonces al diácono Felipe para que intervenga (cfr. *Hch* 8,26.29): «Corrió Felipe a su lado y oyó que leía al profeta Isaías. Entonces le dijo: –¿Entiendes lo que lees? Él respondió: – ¿Cómo lo voy a entender si no me lo explica alguien? Rogó entonces a Felipe que subiera y se sentase junto a él» (*Hch* 8,30-31). El superintendente del tesoro de la reina de Etiopía se había detenido en aquellas palabras proféticas: «Como oveja fue llevado al matadero... (*Is* 53,7-8). Felipe, comenzando por este pasaje, le anunció el Evangelio de Jesús» (*Hch* 8,35) y, tras bautizarlo en una fuente junto al camino, lo confió a la acción misteriosa del Espíritu Santo, que le había traído hasta esta alma «sedienta de Dios, del Dios vivo» (*Sal* 42 [41],3).

En esta conversación, comenta San Jerónimo en una carta, Felipe muestra a su interlocutor a «Jesús que estaba oculto y como aprisionado en la letra»[1]. Sirviéndose de la guía y las explicaciones de los creyentes, la Escritura actúa poderosamente, como «una espada de doble filo» (*Hb* 4,12), en el alma de quien se acerca a ella. Felipe desvela, libera la figura del Señor ante los ojos de quien no entendía nada. También nosotros, escribe el Papa Francisco en su carta apostólica *Misericordia et misera*, estamos llamados a «ser instrumentos vivos de la transmisión de la Palabra»[2], de modo que sean muchos los hombres y mujeres que perciban «la atracción de Jesucristo»[3].

La Tradición, mirada de fe

En el mundo hebreo, la Sagrada Escritura tenía un papel de primer orden: el culto en las sinagogas, que alimentaba la piedad de los judíos durante el año, giraba en torno a la lectura de la *Torah* y de los profetas y el rezo cantado de los Salmos[4]. Con todo, las Escrituras de Israel eran plasmación de una tradición oral: los autores inspirados pusieron por escrito enseñanzas de patriarcas y profetas. Y esta tradición no solo precedía a las Escrituras, sino que acompañaba su lectura, como una mirada penetrante por la que los justos –quienes buscan al Señor[5]– podían reconocer, o al menos atisbar, su sentido.

Así sucede también en la Iglesia, nuevo pueblo de Israel: la Tradición precede a la Escritura, empezando por el hecho mismo de que es la Iglesia quien nos dice cuáles son las Escrituras sagradas[6]. «No creería en el Evangelio –escribía san Agustín– si no me moviera a ello la autoridad de la Iglesia católica»[7]. En este sentido, es célebre un momento de los trabajos del Concilio de Trento. Cuenta el diario de uno de los presentes cómo se desestimó, en una de las sesiones, la opinión de que el evangelio según san Juan fuera digno de fe por ser san Juan su autor: el evangelio es digno de fe, se concluyó, porque lo ha recibido la Iglesia[8]. Pero el papel de la Tradición no se limita a esa tarea de definición del canon, sino a un constante discernimiento, en el que la Iglesia cuenta con la luz del Espíritu Santo. «Todavía tengo que deciros muchas cosas, dice Jesús al final de su vida en la tierra, pero no podéis sobrellevarlas ahora. Cuando venga Aquél, el Espíritu de la verdad, os guiará hacia toda la verdad» (*Jn* 16,12-13).

La Tradición, pues, es inseparable de la Escritura, como es inseparable la mirada de lo que se percibe. Hay miradas que ven ciertas cosas, y otras que no: ante un edificio, por ejemplo, un arquitecto ve detalles que a otros les pasan desapercibidos; ante un pequeño suceso que a muchos les parece ordinario, el poeta y el artista se conmueven. La Tradición es la mirada a la Escritura desde la fe de la Iglesia; una mirada viva, porque está guiada por el Espíritu Santo; una mirada certera, porque solo desde el seno de la Iglesia se puede comprender la Palabra de Dios en su verdadero alcance. Como Jesús hacía con los discípulos camino de Emaús, el Espíritu Santo hace arder el corazón de la Iglesia, y de cada cristiano, mientras nos explica las Escrituras (cfr. *Lc* 24,32). La Palabra de Dios es una Palabra que atraviesa los siglos –«el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (*Mt*

24,35)–, y necesita de un lector que atravesase también los siglos: el Pueblo de Dios que camina en la historia. Por eso, a fin de cuentas, decía San Hilario que «la Sagrada Escritura está más en el corazón de la Iglesia que en la materialidad de los libros escritos»[9].

Una lectura que escucha

«Por medio de la Sagrada Escritura, que se mantiene viva gracias a la fe de la Iglesia, el Señor continúa hablando a su Esposa y le indica los caminos a seguir, para que el Evangelio de la salvación llegue a todos»[10]. El anuncio de la Palabra de Dios cobra una fuerza particular cuando se la lee en la asamblea litúrgica. Impresiona la narración, llena de detalles, de la solemne lectura de la *Torah* por parte de Esdras, el escriba (cfr. *Ne* 8,1-12). En ese momento, la mayor parte del pueblo ha vuelto de Babilonia, y recibe la Palabra de Dios con una emoción contenida durante décadas de exilio: «¿Cómo cantar un cántico del Señor en tierra extraña? Si me olvido de ti, Jerusalén –se decían los exiliados–, que se me paralice mi diestra; que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti» (*Sal* 137 [136], 4-6). Con esa disposición, y al oír de nuevo la Ley de Dios, llora la multitud, porque perciben la distancia entre su vida y los mandamientos del Señor. Pero Esdras, que lee, y los levitas, dicen a todos: «¡Hoy es un día santo para el Señor, vuestro Dios! No os lamentéis ni lloréis» (*Ne* 8,9).

Jesucristo leerá en la sinagoga de Nazaret al profeta Isaías, que anuncia su llegada: «El Espíritu del Señor está sobre mí (...); me ha enviado para anunciar la redención a los cautivos» (*Lc* 4,18). A la vuelta de veinte siglos, la Escritura sigue hablando del presente y al presente, como esa vez en Nazaret: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír» (*Lc* 4,21; cfr. *Is* 61,1). Cada día, y en especial cada domingo, «la Palabra de Dios es proclamada en la comunidad cristiana para que el día del Señor se ilumine con la luz que proviene del misterio pascual (...). Dios sigue hablando hoy con nosotros como sus amigos, se “entretiene” con nosotros, para ofrecernos su compañía y mostrarnos el sendero de la vida. Su Palabra se hace intérprete de nuestras peticiones y preocupaciones, y es también respuesta fecunda para que podamos experimentar concretamente su cercanía»[11].

Cuando esta convicción se hace fuerte, se cuida con esmero la Liturgia de la Palabra en la Santa Misa. Hablando del modo de proclamar la Palabra de Dios, san Josemaría daba a sus hijos sacerdotes orientaciones llenas de sentido común y de amor de Dios. Les animaba a leer «dando sentido», que no significa «hacerlo enfáticamente, ni declamando, sino marcando bien las pausas necesarias; como cuando se lee un texto para tres o cuatro personas que están escuchando. Por eso convendrá que hagáis un poco de ejercicio leyendo una epístola, un evangelio, un prefacio...»[12] Son consejos también para todos los que intervienen en la liturgia de la Palabra, porque la Escritura pide esas atenciones de parte de todos: no se lee, pues, como si se tratase de un texto ajeno, o de una simple información a transmitir, sino desde un corazón caldeado por el cariño, por la escucha atenta, por el hambre de saciarse de toda palabra que procede de la boca de Dios (*Mt* 4,4; cfr. *Dt* 8,3). Por eso «el *sursum corda*, una antiquísima fórmula de la liturgia, ya debería ser antes del Prefacio, antes de la liturgia, el “camino” de nuestro hablar y pensar. Debemos elevar nuestro corazón al Señor no solo como una respuesta ritual, sino como expresión de lo que sucede en este corazón que se eleva y arrastra hacia arriba a los demás»[13].

Para comprender la Escritura

«La Biblia es la gran historia que narra las maravillas de la misericordia de Dios. Cada una de sus páginas está impregnada del amor del Padre que desde la creación ha querido imprimir en el universo los signos de su amor»[14]. La Escritura suscita un pensamiento vivo y personal, lleno de admiración; no anula nuestra inteligencia, sino que la solicita y la ilumina: «antorcha es tu palabra ante mis pasos, luz en mi sendero» (*Sal* 119 [118],105); ella da al mundo y a las cosas su verdadera dimensión, contrarrestando la miopía con la que el pecado desdibuja la realidad. La Palabra de Dios «entra hasta la división del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula, y descubre los sentimientos y pensamientos del corazón» (*Hb* 4,12). Por eso, quien conoce y medita la Biblia, aunque cuente solo con una preparación académica modesta, tiene la sabiduría que otros quizá no encuentran en sus estudios. «Yo he venido a este mundo para un juicio, para que los que no ven vean, y los que ven se vuelvan ciegos» (*Jn* 9,39).

Los acontecimientos narrados en la Biblia tienen, desde la fe, un sentido que trasciende la categoría de los simples hechos históricos: a través de las acciones y las vicisitudes del Pueblo de Dios, se trata sobre todo de lo que el Señor obra en él y por él; nuestra Madre lo expresa con nitidez: «ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso, cuyo nombre es Santo» (*Lc* 1,49). También los sucesos de la historia del mundo, y de nuestra historia personal, encuentran luz en la Escritura: «No hay ante ella criatura invisible, sino que todo está desnudo y patente a los ojos de Aquel a quien hemos de rendir cuenta» (*Hb* 4,13). La Palabra de Dios envuelve e ilumina nuestra vida; por eso la oración y el apostolado encuentran en ella su medio natural.

Sin embargo, el medio natural no es siempre el de más sencillo acceso: aunque Dios nos ha creado para vivir con Él, «el camino que conduce a la vida» es estrecho (cfr. *Mt* 7,14). No debería extrañarnos que a veces algunos pasajes de la Escritura nos puedan resultar oscuros o difíciles. Benedicto XVI contaba en una ocasión que un amigo suyo, «tras haber escuchado predicaciones con largas reflexiones antropológicas para llegar juntos al Evangelio, decía: A mí no me interesan estas consideraciones; yo quiero entender lo que dice el Evangelio». Y apostillaba el Papa: «Me parece que, a menudo, en lugar de largas reflexiones, sería mejor decir (...): este Evangelio no nos gusta, somos contrarios a lo que dice el Señor. ¿Pero qué quiere decir? Si yo digo sinceramente que a primera vista no estoy de acuerdo, ya hemos puesto atención: se ve que yo quisiera, como hombre de hoy, entender lo que dice el Señor. Así podemos entrar de lleno en el núcleo de la Palabra»[15].

Si, como sostienen los neurólogos, apenas utilizamos un pequeño porcentaje de las capacidades de nuestro cerebro, se puede decir análogamente que la Escritura está dotada de una riqueza y una profundidad inagotables: «en todo lo perfecto he visto límite, pero tu mandamiento es infinito» (*Sal* 119 [118], 96). Por eso ya los Padres de la Iglesia distinguían varios sentidos en un mismo texto; más tarde, en época medieval, se desarrolló y consolidó la doctrina de los cuatro sentidos de la Escritura: literal, alegórico, moral y anagógico. El sentido literal, fundamento de todos los demás[16], no se reduce al significado directo que las palabras tienen para el lector: es necesario comprenderlo en el contexto de la época en que

fue escrito para evitar lecturas aparentemente fieles pero distorsionadas. A su vez, la articulación de este sentido con los demás requiere con frecuencia la orientación de un lector experto, con el conocimiento que da el estudio. Por eso resultan muy útiles, y a veces imprescindibles, las ediciones de la Escritura que cuentan con buenas introducciones y notas de comentarios, así como otros libros de teología bíblica y de comentario de la Biblia. Los índices de citas de la Sagrada Escritura que se recogen al final de muchos de estos libros, y en particular en el Catecismo de la Iglesia Católica, permiten aproximarse a los diversos pasajes con más profundidad[17].

En la Sagrada Escritura ningún texto se puede aislar del conjunto, que tiene su unidad en el Verbo de Dios. «En efecto, por muy diferentes que sean los libros que la componen, la Escritura es una en razón de la unidad del designio de Dios, del que Cristo Jesús es el centro y el corazón, abierto desde su Pascua»[18]. El Nuevo Testamento se lee por eso a la luz del Antiguo, y el Antiguo teniendo a Cristo como clave de interpretación, según la famosa fórmula de san Agustín: el Nuevo está escondido en el Antiguo, y el Antiguo se manifiesta en el Nuevo; *Novum in Vetere latet et in Novo Vetus patet*[19]. Escribe Santo Tomás de Aquino que el corazón de Jesús «estaba cerrado antes de la Pasión porque la Escritura era oscura. Pero la Escritura fue abierta después de la Pasión, porque los que en adelante tienen inteligencia de ella consideran y discernen de qué manera deben ser interpretadas las profecías»[20]. Por eso, cuando el Resucitado se aparece a los discípulos, escribe san Lucas que «les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras» (*Lc 24,45*). Así hace también Jesús con nosotros, cuando dejamos que nos acompañe en el camino de nuestra vida, por nuestra escucha atenta, por nuestra búsqueda sincera; de la mano de los santos, y de tantos hermanos en la fe, hallamos en la Escritura «la voz, el gesto, la figura amabilísima de nuestro Jesús»[21].

[1] San Jerónimo, *Epist.* 53, 5 (PL 22, 544).

[2] Francisco, Carta ap. *Misericordia et misera*, 20-XI-2016, 7.

[3] San Josemaría, notas de una meditación, 1-IV-1962, en *En diálogo con el Señor*, 46 (AGP, biblioteca, P09).

[4] La *Torah* (en hebreo, “instrucción, enseñanza, ley”) es el corazón de la Biblia Hebrea, y está compuesta por los libros del Pentateuco (en griego, “cinco estuches”): Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio.

[5] Se trata de una expresión repetida por los salmos; cfr., por ejemplo, Sal 9,11; 40 [39],17; 70 [69],5.

[6] Cfr. Concilio de Trento, Sesión IV (8-IV-1546), DS 1501-1504.

[7] San Agustín, *Contra epistulam Manichaei quam vocant fundamenti*, 5, 6 (PL 42, 176), citado en *Catecismo de la Iglesia Católica*, 119.

[8] «Ait enim Cavensis episcopus: Evangelio Ioannis non credo, quia ab ecclesia sit receptum, sed quia Ioannis est. Cui hoc esse haereticum responsum est»: Concilio de Trento, *Diariorum, Actorum, Epistularum, Tractatum nova Collectio*, Herder, Friburgo 1901, vol. 1, 480.

[9] San Hilario de Poitiers, *Liber ad Constantium Imperatorem*, 9 (PL 10, 570).

[10] Francisco, *Misericordia et misera*, 7.

[11] Francisco, *Misericordia et misera*, 6.

[12] San Josemaría, Notas de una reunión familiar, 12-II-1956, en *Crónica*, II-1993, 195s. (AGP, Biblioteca, P01).

[13] Benedicto XVI, Discurso, 31-VIII-2006.

[14] Francisco, *Misericordia et misera*, 7.

[15] Benedicto XVI, Discurso, 26-II-2009.

[16] Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, q. 1, a. 10, ad 1.

[17] Por otro lado, según la voz autorizada de quien coordinó los trabajos de elaboración del Catecismo, los nn. 101-104 constituyen una breve summa metodológica para una auténtica lectura teológica de la Escritura. Cf. J. Ratzinger, *¿El Catecismo de la Iglesia católica está a la altura de la época? Meditaciones diez años después de su promulgación*, en *Caminos de Jesucristo*, Ediciones cristiandad, Madrid 2004, p. 144.

[18] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 112 (cfr. cfr. Lc 24,25-27.44-46; Concilio Vaticano II, Const. *Dei Verbum*, 12).

[19] San Agustín, *Quaestiones in Heptateuchum*, 2, 73 (PL 34, 623).

[20] Santo Tomás de Aquino, *Expositio in Psalmos* 21, 11 (citado en *Catecismo de la Iglesia Católica*, 112).

[21] Javier Echevarría, “Introducción” a *Mientras nos hablaba en el camino*, 17 (AGP, biblioteca, P18).

[Volver al contenido](#)

Capítulo II. Un corazón caldeado por la Palabra

Los Evangelios dejan entrever la frecuencia con que el Señor se refería a la Sagrada Escritura en su predicación. En una ocasión está hablando claramente acerca de su divinidad, de su ser uno con el Padre (cfr. *Jn* 5,19ss). Sus interlocutores le escuchan perplejos, e incluso escandalizados, y les dice: «Examinad las Escrituras, ya que vosotros pensáis tener en ellas la vida eterna: ellas son las que dan testimonio de mí» (*Jn* 5,39). La doctrina que oían de los labios de Jesús les parecía un desafío a su celo por proteger la fe de sus padres, porque debían todavía elevarse a una inteligencia mayor; debían prepararse para recibir, del mismo Dios, «toda la verdad» (*Jn* 16,13): la verdad viva, la verdad en Persona, que es Jesucristo. La Iglesia anima por eso a todos los cristianos a profundizar cada vez más en «el sublime conocimiento de Jesucristo (*Flp* 3,8) con la lectura frecuente de las divinas Escrituras»[1].

El Prelado del Opus Dei nos invita a centrar una vez más la mirada en «la Persona de Jesucristo, a quien deseamos conocer, tratar y amar»[2]. Y como, a decir de san Jerónimo, «el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo»[3], la Sagrada Escritura solo puede tomar más importancia conforme avanzamos en nuestro camino cristiano, hasta el punto de que «*respiremos* con el Evangelio, con la Palabra de Dios»[4]. Si la Sagrada Escritura es «el alma de toda la teología»[5], también está llamada a estar en el centro de nuestro pensamiento y de nuestra vida. De un modo gráfico, el santo Padre planteaba en este sentido unas preguntas que dan que pensar: «¿qué sucedería si usáramos la Biblia como tratamos nuestro móvil? Si la llevásemos siempre con nosotros, o al menos el pequeño Evangelio de bolsillo, ¿qué sucedería?; si volviésemos atrás cuando la olvidamos: tú te olvidas el móvil –¡oh!–, no lo tengo, vuelvo atrás a buscarlo; si la abriéramos varias veces al día; si leyéramos los mensajes

de Dios contenidos en la Biblia como leemos los mensajes del teléfono, ¿qué sucedería?»[6].

De la Escritura a la vida

Escribiendo a Timoteo, que estaba al frente de la Iglesia de Éfeso, san Pablo le recuerda: «desde niño conoces la Sagrada Escritura, que puede darte la sabiduría que conduce a la salvación por medio de la fe en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para argumentar, para corregir y para educar en la justicia, con el fin de que el hombre de Dios esté bien dispuesto, preparado para toda obra buena» (2 Tim 3,15-17). El Apóstol dice literalmente, si atendemos al texto griego, que el hombre de Dios –quien vive de su Palabra– está “equipado” para actuar: tiene ya lo verdaderamente necesario para su vida de apóstol. Más rotundamente lo dice el salmista, en la extensa meditación sobre la Palabra de Dios que es el salmo 119: «Mejor es para mí la Ley de tu boca que montones de oro y plata» (Sal 119 [118], 72).

Jesús nos llama a identificarnos con Él, a vivir en Él. Y nos espera, como decía con frecuencia san Josemaría, en «el Pan y la Palabra»[7]: en su presencia silenciosa y eficaz en la Eucaristía, y en el diálogo, siempre abierto por parte de Dios, de la oración. Este diálogo, aun cuando discurre sobre mil cosas de nuestra vida cotidiana, encuentra su núcleo más íntimo en la Escritura. Así sería la oración de Jesús: profundamente radicada en la Palabra de Dios. Y así también está llamada a ser la nuestra. «Al abrir el Santo Evangelio, piensa que lo que allí se narra –obras y dichos de Cristo– no sólo has de saberlo, sino que has de vivirlo. Todo, cada punto relatado, se ha recogido, detalle a detalle, para que lo encarnes en las circunstancias concretas de tu existencia. –El Señor nos ha llamado a los católicos para que le sigamos de cerca y, en ese Texto Santo, encuentras la Vida de Jesús; pero, además, debes encontrar tu propia vida. Aprenderás a preguntar tú también, como el Apóstol, lleno de amor: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?...” –¡La Voluntad de Dios!, oyes en tu alma de modo terminante. Pues, toma el Evangelio a diario, y léelo y vívelo como norma concreta. – Así han procedido los santos»[8].

«*Viva lectio est vita bonorum*»[9], decía san Gregorio Magno: la vida de los santos es una lectura viva de la Escritura; una lectura encarnada,

transformada en gestos, palabras, obras. Si los Padres de la Iglesia decían que, con la Encarnación, el Verbo de Dios se había abreviado[10], también en las vidas de los santos se abrevia Jesús: se hace pequeña la Palabra de Dios, para extenderse después por el mundo a través de sus obras y palabras. A medida que se suceden en la historia las generaciones de cristianos, «un día le anuncia el mensaje al otro día y una noche le da la noticia a la otra noche (...), se esparce su rumor por toda la tierra, y su pregón hasta los confines del orbe» (*Sal* 19 [18],3.5).

No es una casualidad, consideraba Benedicto XVI, «que las grandes espiritualidades que han marcado la historia de la Iglesia hayan surgido de una explícita referencia a la Escritura»[11]: el vigor de esas ramas del gran árbol de la Iglesia se deriva de «la fuerza del Espíritu de Dios» (*Rm* 15,19), que «todo lo escudriña, incluso las profundidades de Dios» (*1 Cor* 2,10). También sucede así con las conversiones personales, y tantas vidas de profunda y ordinaria santidad que pasan ocultas a la historia, pero que actúan poderosamente sobre ella, de modos que solo Dios conoce: «¡La Iglesia está llena de santos escondidos!»[12]. Se alimentan, todos ellos, de la Escritura: porque aún más que de pan, el hombre vive «de toda palabra que procede de la boca de Dios» (*Mt* 4,4).

Más ricos de sus palabras

Para que la Palabra de Dios se convierta en alimento de nuestras almas, necesitamos desarrollar una actitud de escucha, incluso cuando aún no comprendamos bien lo que Dios nos quiere decir. Posiblemente al principio los apóstoles entendieron poco del discurso eucarístico del Señor en Cafarnaúm; pero san Pedro le dijo, de parte de todos –también de parte nuestra–: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (*Jn* 6,68). Tampoco la Virgen entendía siempre todo lo que Jesús hacía y decía, pero escuchaba y meditaba con calma: «guardaba todas estas cosas en su corazón» (*Lc* 2,52).

«Todos podemos –comenta el Papa Francisco– mejorar un poco en este aspecto: convertirnos todos en mejores oyentes de la Palabra de Dios, para ser menos ricos de nuestras palabras y más ricos de sus Palabras. Pienso en el sacerdote, que tiene la tarea de predicar. ¿Cómo puede predicar si antes no ha abierto su corazón, no ha escuchado, en el silencio, la Palabra de

Dios? (...). Pienso en el papá y en la mamá, que son los primeros educadores: ¿cómo pueden educar si su conciencia no está iluminada por la Palabra de Dios, si su modo de pensar y de obrar no está guiado por la Palabra? (...) Y pienso en los catequistas, en todos los educadores: si su corazón no está caldeado por la Palabra, ¿cómo pueden caldear el corazón de los demás, de los niños, los jóvenes, los adultos? No es suficiente leer la Sagrada Escritura, es necesario escuchar a Jesús que habla en ella»[13]. Si procuramos crecer siempre en esta actitud de escucha, que se nutre también del estudio y de la lectura espiritual, podremos decir cada vez más con el profeta Jeremías: «Cuando me encontraba tus palabras, las devoraba. Tus palabras eran un gozo para mí, las delicias de mi corazón» (Jr 15,16).

La lectura y meditación de la Escritura requiere tiempo y calma. «En la presencia de Dios, en una lectura reposada del texto, es bueno preguntar, por ejemplo: “Señor, ¿qué me dice a mí este texto? ¿Qué quieres cambiar de mi vida con este mensaje? ¿Qué me molesta en este texto? ¿Por qué esto no me interesa?”, o bien: “¿Qué me agrada? ¿Qué me estimula de esta Palabra? ¿Qué me atrae? ¿Por qué me atrae?”»[14]. Al escuchar una charla, una clase, una homilía, las personas agradecen que se cite la Escritura, si se procura que estas referencias no sean algo ornamental, o un mero pretexto para hablar de un tema: se trata de que la Palabra de Dios fundamente e ilumine lo que se dice, y de que el texto sagrado esté arropado por el calor de quien lo ha estudiado y lo ha meditado, con la cabeza y el corazón.

También es necesario escuchar los silencios de Jesús. «Sabemos por los Evangelios –ha escrito recientemente el Papa emérito Benedicto XVI– que Jesús frecuentemente pasaba noches solo “en la montaña” en oración, en conversación con su Padre. Sabemos que lo que Jesús decía, su palabra, proviene del silencio y solo podía madurar allí. Por eso es lógico que su palabra solo pueda entenderse correctamente si también nosotros entramos en su silencio: si aprendemos a oírle desde su silencio. Ciertamente, para interpretar las palabras de Jesús, es necesario el conocimiento histórico, que nos enseña a entender el tiempo y el lenguaje de ese momento. Pero eso por sí solo no es suficiente si queremos entender en profundidad el mensaje del Señor. Quien hoy lee los comentarios sobre los Evangelios, cada vez más extensos, queda al final decepcionado. Aprende mucho acerca de esa época, así como muchas hipótesis que a fin de cuentas no contribuyen en absoluto

a la comprensión del texto. Al final uno siente que en todo el exceso de palabras falta algo esencial: entrar en el silencio de Jesús, de donde nace su palabra. Si no podemos entrar en este silencio, siempre oiremos la palabra solamente en su superficie y no la comprenderemos realmente»[15].

De la mano de san Josemaría

«Cada santo es como un rayo de luz que sale de la Palabra de Dios»[16]. Y en la Obra, el Evangelio recibe una luz especial de las enseñanzas y de la experiencia vital de san Josemaría. Como él, entramos en la vida de Jesús «como un personaje más»: somos José, Simeón, Natanael, Simón de Cirene, Maria Magdalena... y sobre todo el mismo Cristo, hijos en el Hijo. Se ha dicho que, aunque puedes remediar el hambre de una persona dándole pescado, vale mucho más enseñarle a pescar. Del mismo modo, san Josemaría no solo nos dio sus glosas del texto sagrado, sino que también nos enseñó a leerlo: como un niño, contemplando. Sus enseñanzas nos ayudan a ahondar en el Evangelio, y el Evangelio mismo nos hace comprender mejor el espíritu que Dios le confió, que es «viejo como el Evangelio, y como el Evangelio nuevo»[17]. De ahí, por ejemplo, que algunas clases de formación cristiana empiecen con la lectura comentada del Evangelio; y que, en los Centros de la Obra, acabe la jornada con un sencillo y breve comentario del Evangelio del día.

Ya en el año 1933, San Josemaría tenía su elenco de 112 textos del Nuevo Testamento con algunas glosas ocasionales muy breves. Se trataba de un documento de ocho cuartillas manuscritas que había encabezado con la inscripción: «Palabras del Nuevo Testamento, repetidas veces meditadas»[18]. Cada uno tendrá quizá, de un modo u otro, su propio elenco, escrito en papel, o en el fondo del alma: palabras o gestos de Jesús, episodios o diálogos que nos hablan de un modo elocuente, que un día hemos leído u oído con una luz particular, sin que fuera necesario hablar de acontecimiento extraordinario: por el momento concreto, por el ambiente de nuestra alma, o alguna circunstancia... Quizá fueron como una respuesta a algo que buscábamos, o bien nos sorprendieron, o nos dieron seguridad. Nos confirmaron en la fe, en el camino, en el Amor. Nos hace mucho bien nutrir esa lectura personalísima del Evangelio, también al compás de la liturgia: a veces, un versículo del Nuevo Testamento nos servirá de

meditación durante la jornada y será un medio de conservar la presencia de Dios.

La Virgen María nos acompaña en este camino para conocer a Cristo y seguirle de cerca, como los primeros doce[19]: «María, mujer de la escucha, haz que se abran nuestros oídos; que sepamos escuchar la Palabra de tu Hijo Jesús entre las miles de palabras de este mundo (...). María, mujer de la decisión, ilumina nuestra mente y nuestro corazón, para que sepamos obedecer a la Palabra de tu Hijo Jesús sin vacilaciones (...). María, mujer de la acción, haz que nuestras manos y nuestros pies se muevan “deprisa” hacia los demás, para llevar la caridad y el amor de tu Hijo Jesús, para llevar, como tú, la luz del Evangelio al mundo»[20].

[1] Concilio Vaticano II, Const. Dogm. *Dei Verbum* (18-XI-1965), 25.

[2] F. Ocáriz, *Carta pastoral*, 14-II-2017, 8.

[3] San Jerónimo, *Comentariorum in Isaiam*, Prólogo (PL 24, 17).

[4] F. Ocáriz, *Carta pastoral*, 5-IV-2017.

[5] Concilio Vaticano II, Decreto *Optatam Totius* (28-X-1965), 16.

[6] Francisco, *Angelus*, 5-III-2017.

[7] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, 122.

[8] San Josemaría, *Forja*, n. 754.

[9] San Gregorio Magno, *Moralia in Job* 24,8,16: PL 76, 295.

[10] Cfr. Benedicto XVI, Ex. Ap. *Verbum Domini* (30-IX-2010), 12.

[11] Benedicto XVI, *Verbum Domini*, 48.

[12] Francisco, Homilía en Santa Marta, 11-V-2017.

[13] Francisco, Discurso, 4-X-2013.

[14] Francisco, Ex. Ap. *Evangelii Gaudium* (24-XI-2013), 153.

[15] Benedicto XVI, epílogo a la segunda edición inglesa de R. Sarah, *La force du silence* (Fayard, 2016; Ignatius, 2017).

[16] Benedicto XVI, *Verbum Domini*, 48.

[17] San Josemaría, *Carta 9-I-1932*, 91 (citado en E. Burkhart – J. López, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría*, Rialp, Madrid 2010, vol. I, p. 17).

[18] Cfr. Francisco Varo, San Josemaría Escrivá de Balaguer, “Palabras del Nuevo Testamento, repetidas veces meditadas. Junio – 1933”, en *Studia et Documenta* 1 (2007) 259-286.

[19] Cfr. San Josemaría, *Amigos de Dios*, 299.

[20] Francisco, Oración a María, 31-V-2013.

[Volver al contenido](#)

© Fundación Studium, 2022

www.opusdei.org